

CAPÍTULO X

Reparte el P. Provincial con el P. José la carga del gobierno. — Estrechez, privaciones y opresion de los Padres en la casa de Tarragona. — Aparato militar. — Otras incomodidades. — Caridad del P. Pignatelli con sus hermanos. — Vejaciones hechas á los novicios y su constancia en la vocacion. — Recae el P. José en su enfermedad. — Nuevo asalto contra su vocacion. — Valor con que resiste. — Matrícula de los religiosos. — Lectura solemne de la Pragmática Sancion. — Traslado al puerto de Salou. — Embarco de los jesuitas. — Incomodidades en los buques. — Hácese á la vela la escuadra. — Escala en Mallorca. — Agréganse los jesuitas baleares á los del continente. — Deferencia del comandante Barceló con el P. Pignatelli. — Recobra este la salud. — Alivia á sus hermanos. — Arribada á Menorca. — Salida para Italia y llegada á Civitavechia. — Alegría de los filósofos por la expulsion de España. — Reflexion oportuna. — Enemigos del rey y de la patria.

1767

Muchos eran los individuos de la Compañía reunidos ya en Tarragona al llegar los zaragozanos. Estos no acababan de alabar el ánimo valeroso y esforzado del P. José Pignatelli, y la prudencia con que había llevado las cosas del colegio cuando la sorpresa del tres de Abril, y el esfuerzo que les había sabido infundir con sus palabras, y más aún con sus ejemplos, en aquel tristísimo día y durante el penoso viaje á Tarragona. Grandísimo era el concepto que de su persona tenía el P. Provincial, Salva-

dor Salau¹; pero al oír ahora lo que de él referían sus compañeros de viaje, y al entender de su Rector las bellas dotes de gobierno y prudencia, que le adornaban, lo infatigable de su caridad, y lo activo y resuelto de su carácter, levantó los ojos al cielo, y dio gracias al Señor que le deparaba un hombre cual lo calamitoso de los tiempos lo requería.

Llamó, pues, al P. Pignatelli, constituyóle su *alátere*, repartió con él la gravísima carga del gobierno, y contó en adelante con su parecer y consejo para todos los negocios en que hubiese de poner mano, que por cierto no eran escasos ni de poca importancia en situación tan excepcional y dificultosa. Por su parte no dejó de corresponder el Siervo de Dios á la confianza que de él hizo y á las esperanzas que de él concibió el P. Provincial. Y ya desde este momento hasta la supresion de la Compañía el P. Pignatelli fue, como veremos, pies, manos y lengua del Superior, así como tambien auxilio, apoyo y consuelo de sus hermanos y compañeros. Y empezando por Tarragona, para hacer cabal concepto de lo que en ella trabajó, es necesario poner ante la vista del lector el estado en que aquella casa se encontraba.

«La estrechez,» dice el P. Olcina², «incomodidades y continuos sustos y temores de rigurosos registros hasta de las personas, no que de los baúles, padecidos en la reclusion de Tarragona, fueron á la verdad grandes, y todos ellos obra de la mano y pluma de D. Miguel Lorieri..... Era este señor togado juez de la real Audiencia de Barcelona y sobrino segun la carne, y mucho más en el espíritu, de su tío D. Manuel de Roda; y nombrado comisario general de toda la Provincia de Aragon, tuvo la gloria de ser el primer togado aragonés que la trató con el mayor rigor. Á quinientos y once sujetos de ella los encajonó

¹ Nació en Berga (Cataluña) á 10 de Marzo de 1713; entró en la Compañía á 14 de Marzo de 1735; fue Provincial desde Julio de 1765 hasta Diciembre de 1768. Visitaba el colegio de Tarazona, y allí le cogió el decreto de expulsion. Murió en Ferrara el 4 de Mayo de 1795.

² *Relacion festiva*, Parte primera, fols. 10 y siguientes.

(por explicarme así) en la caja general de Tarragona, colegio solo capaz de setenta sujetos, y aun eso estando pareados de dos en dos en los aposentos. Sino viéndola, no se puede creer la estrechez en que estábamos; ni hay cárcel ni hospital con que compararlo. En un aposento regular de los nuestros estábamos once ó doce sujetos del colegio de Alicante, y no estaban más anchos los de otros colegios. Tribunas, coro de la iglesia, y una pieza nueva, todavía sin pavimentar; estaba todo atestado de camas, sin quedar apenas lugar para pasar.»

«Y para surtir de ellas á tantos jesuitas, acudió el señor Comisario al hospital general que tiene el rey para la tropa, y de él mandó traer para cada sujeto un colchon, sábanas, almohada y manta tan asquerosas y llenas de sabandijas, que era menester que los jesuitas tuviesen presentes los heroicos hechos de San Javier para tenderse en tales potros, más que camas. Se tuvo por feliz aquel á quien le cupo en suerte en esta reparticion de trapos inmundos una sábana de cáñamo crudo sin mojar, que si bien era cilicio, se hacía menos molesta su mortificacion por verle limpio. No bastando los colchones y sábanas del hospital ni las que mandó tambien sacar de las que sobraban á los soldados de la fortaleza ó fuerte del Coll de Balaguer, acudió por más camas á los pueblos vecinos: y aquí se vio bien la compasion, amor y caridad de aquellos fieles, pues todos á porfía ofrecieron gustosos sus camas, teniéndose por dichosos de poder remediar con ellas la necesidad de los jesuitas. Sobre todos se distinguieron en esta ocasion los vecinos de la villa de Reus, los cuales sacaron inmediatamente á la calle sus camas, para que los comisionados del Réy se las llevasen, exponiéndose todos ellos con gusto á la incomodidad de dormir en tierra, á trueque de que no les faltasen camas limpias y decentes á los sacerdotes y ministros de Jesucristo.»

«La suma estrechez y opresion, en que estaba un tan crecido número de sujetos, tan respetables por sus años y por muchos otros títulos, estaba pidiendo por sí mismo algun ensanche y desahogo; y le hubiera concedido francamente cualquiera cora-

zon, que no fuese el de nuestro D. Miguel. Por lo que de ningún modo quiso otorgar á los primeros días la gracia que se le pidió, de subir á la azotea del colegio y de bajar á la huerta espaciosa y toda cerrada con cerca, llevado sin duda del temor y recelos de que alguno de los jesuítas se huyese. Por este mismo temor no permitió que se colocasen los jesuítas en algunas piezas muy capaces que hay al primer piso del colegio, quedando todo aquel espacioso sitio enteramente vacío, y obligados los jesuítas á estar sumamente estrechos é incómodos. Y para imposibilitar más esta imaginada fuga de alguno de los reclusos en aquella caja, en la puerta principal del colegio mandó poner un cuerpo de guardia, que no se componía menos que de cincuenta soldados; y siempre que había de abrirse otra puerta llamada «de los carros,» era precisó que ántes se destacasen del cuerpo de guardia doce soldados, y asistiesen seis de ellos por la parte de fuera, y los otros seis por la parte de dentro.....»

«No se contentó con tener bloqueado por fuera todo el colegio con tanta tropa, sino que llenó tambien de soldados todo lo interior de él, habiendo día y noche varias centinelas con bayoneta calada en las escaleras, en los tránsitos y puertas interiores del colegio..... Á la molestia que estos nos daban en nuestra reclusion, se añadió el sobresalto con que no podíamos dejar de estar, sabiendo bien que el Sr. Lorieri hacía introducir de noche en el colegio algunas espías, las cuales, parándose á las puertas de los aposentos de los jesuítas, estaban con gran atención escuchando cuanto se hablaba, *ut caperent eos in sermone.*»

«El cristiano corazón del señor Gobernador de Tarragona no pudo sufrir más la suma estrechez en que sin ninguna necesidad tenía el comisario togado á los jesuítas: y temiendo con razón se encendiese algun contagio en la casa, que se comunicase á la ciudad, le dijo que permitiese á los jesuítas subir libremente á la azotea y bajar á la huerta, para que de esta suerte pudiesen oírse y respirar los aires puros. La respuesta fue un «no» redondo; pero como S. E., levantando la voz, le amenazó con que daría luégo parte de todo á la corte, se le bajaron un poco los humos

al juez comisario, y tuvo por bien conceder lo que se le pedía, bien que con la precisa condicion de que los jesuítas no habían de asomarse á los arcos de la azotea que caen á la Rambla, así como tenía mandado que ninguno se asomase á las ventanas del tránsito y de los aposentos que caen á la misma. Lo que con ninguna condicion quiso permitir para nuestro espiritual consuelo, fue el que tuviésemos reservado á nuestro Amo en la capilla interior del colegio; y aunque se le suplicó con muchas veras y varias veces, otras tantas lo negó con mucha frescura..... Ni menos permitió que en dicha capilla nos juntásemos de comunidad para acto alguno religioso: y si bien todos los días se rezaba el rosario, se tenía lección espiritual y oracion por la tarde, y todas las noches se decía la letanía mayor; todo esto se hacía sin ser convocados, acudiendo todos espontáneamente.»

«Y porque un Hermano coadjutor, llevado á los primeros días del hábito y de la costumbre, tocó la campana de obediencias para comer, se alborotó de tal modo Su Señoría, como si hubieran tocado á rebato. Al instante cortó con sus propias manos la cuerda, y vuelto á varios jesuítas, que estaban presentes, con truculento semblante y voz alborotada les dijo, que entendiesen que allí estaban presos, y que solo por gran piedad de Su Majestad se les permitía que fuese su cárcel aquella casa que ya no era de ellos.....»

«En donde no se portó Su Señoría con su acostumbrado rigor fue en el refitorio por lo respectivo á la comida; pues esta no era como la de los pobres de la cárcel, sino muy decente, y la misma que solíamos tener en nuestros colegios: ni el día de Viernes Santo quiso permitir el ayuno del modo que le acostumbrábamos practicar, negándose á todas las súplicas é instancias que se le hicieron. Verdad es que era menester que tuviese mucha hambre y buen estómago el que en el refitorio no tuviese más ganas de vomitar que de comer. Dígolo, porque á lo mal sazónada que estaba regularmente la comida, se añadía la poca limpieza en manteles y servilletas. Unos y otros eran comunes á todos, sirviendo nada menos que diez veces al día, pues por no

haber sino una sola pieza para comer, fue preciso distribuir la Provincia en cinco mesas, comenzándose la primera mesa á las diez y cuarto, y concluyéndose la quinta cerca de las dos de la tarde. Con esta distribucion á nadie le faltó lugar en el refitorio; pero á muchos les faltó cuchara, y á no pocos tenedor, y á algunos uno y otro; y las servilletas á los pocos días se pusieron tan sucias y asquerosas, que causaba náuseas el solo verlas.»

Tal era la situacion de los reclusos en Tarragona: este fue el teatro que se ofreció á la incansable caridad y ardoroso celo del P. José Pignatelli; el cual, olvidado de su propia persona, se desvivía por el bienestar y consuelo de sus hermanos, y procuraba que segun la necesidad y la posibilidad que allí había, cada uno fuese tratado con la menor incomodidad. Mostraba particular solicitud con los ancianos, achacosos y enfermos, atendiéndolos de tal suerte, que á ninguno de ellos le faltase cosa de cuantas pudiese necesitar.

No paraba el Siervo de Dios día y noche: siempre solícito y ocupado en el bien de sus hermanos, sacrificándose por todos y escogiendo para sí lo peor y más molesto, en razon de aliviar la carga de los otros y de suavizarles sus penalidades. Así que el ejemplo del P. Pignatelli, las blandas y eficaces razones con que á todos consolaba y recreaba, hacía que estuviesen todos contentos y alegres en aquella pobreza y estrechez, sin atreverse nadie á exhalar la menor queja ni dar señales de disgusto: todo lo cual no es decible cuán del agrado y satisfaccion fuese del P. Provincial, que cada día admiraba más y más la santidad y rara prudencia del que hacía sus veces tan á gusto de los súbditos.

En medio de tantas calamidades no dejaba Dios de consolar á los Padres con algunos sucesos alegres y prósperos. Uno de ellos y muy principal fue la perseverancia de los novicios en su vocacion. En Tarragona estaba uno de los noviciados de la Provincia. Treinta y nueve eran los novicios en Abril. Luégo que se hubo leído el real decreto, los arrancó Lorieri de la compañía de su maestro y de los Padres, y los trasladó á otra casa de la

misma ciudad con indecible dolor de los pobres novicios. Ence-rrados en ella, lo primero en que pensaron fue en elegir á uno de ellos por Superior, á quien todos obedeciesen; y bajo su direccion seguían, en cuanto les fue posible, el mismo tenor de vida que en el noviciado. Había el rey ordenado que los novicios escogieran con toda libertad entre tornarse á sus familias, dejado el hábito religioso, ó seguir en el destierro á los demás; y en este segundo caso se les privaría de la pension señalada á los que ya habían hecho los votos. Pero los encargados de explorar la voluntad de los novicios, lejos de respetar la libertad en que el real decreto los dejaba, no hubo medio que no intentasen para reducirlos á que abandonaran la Compañía.

Mandó el comisario que se les quitase á todos la sotana, dejándolos con solo el vestido interior que llevaban. Luégo les trajeron naipes, pelotas y otros juegos para que se entretuviesen; mas uno de ellos, llamado José Rico, con rostro serio dijo: que estando prohibido en los cuarteles de los soldados el juego de los naipes, sería sacrilegio que los religiosos lo usasen.

Como llevados de su fervor tomasen recias disciplinas, se lo prohibió Lorieri: y para asegurarse de ser obedecido, ordenó que á todos se les quitasen las disciplinas, cilicios y demás instrumentos de penitencia. Desearon comulgar, y nunca se les permitió. Como algunos pidiesen aguja é hilo para remendarse la sotana, ardiendo Lorieri en indignacion y ceño, les dijo, que en vez de remendarlas, quisiera hacer pedazos todas sus sotanas¹.

De propósito procuraban estorbarles los ejercicios de piedad y devocion: no se recataban de tener en su presencia conversaciones demasiado libres y menos honestas: introdujéronles personas religiosas, algunas de ellas doctas y graves, para que les persuadiesen que no cometían pecado alguno delante de Dios en abandonar la Compañía, pues no se habían aún ligado con

¹ P. OLCINA, *Relacion festiva*, etc. Primera parte, págs. 23 y siguientes.

ella por los votos de religion. Y como viesan que nada de esto hacia vacilar su constancia, dijéronles, lo que era una falsedad y mentira solemne, que lo que ellos les decían era el sentir de varios Padres de la Compañía para este efecto consultados.

Este fue el golpe más certero dirigido por los falaces exploradores al corazón de aquellos novicios. Húbolos que á estas razones se rindieron sin dificultad; mas los otros, no dando crédito á ellas, se mantuvieron firmes é inquebrantables. Á estos les aseguraban que los Padres mismos, al llegar á Italia, tendrían que desampararlos; pues no habían de quererse obligar á mantener tantos novicios, cuando ellos carecerían de medios de subsistencia para los que habían hecho los votos, por no alcanzar á tanto la módica pensión que el rey les había señalado.

Vino á reforzar la batería, con que se les atacaba, la presencia de los padres ó parientes de muchos de aquellos jovencitos, que en cuanto tuvieron noticia de lo que pasaba, volaron á Tarragona; y aunque los hubo que con heroico ejemplo de virtud los animaron á permanecer fieles á su vocación y á desafiar los trabajos del destierro; otros sin embargo, afligidos por la triste suerte que á los suyos aguardaba, les rogaban con lágrimas que no los abandonasen, y que no quisiesen emprender con tanto peligro propio y con tal desamparo de sus familias un destierro voluntario.

Con tantos y tan repetidos ataques veinte se rindieron, y quedaron en pie los diez y nueve que restaban: los cuales fueron restituidos al noviciado, ó mejor diremos, á la cárcel comun. Los Padres, que ya creían deshecho el noviciado, y dispersados y vueltos á sus familias todos los individuos que lo habían compuesto, al ver entrar por sus puertas á aquellos diez y nueve, alegres y dando saltos de placer por verse en su casa, entre sus hermanos, con sus Superiores y en compañía de toda la Provincia que allí estaba congregada, recibieronlos con indecibles señales de regocijo; y no se cansaban de oírles explicar el fervor con que habían observado la disciplina religiosa, los peligros á que se los expuso, y los interrogatorios que se les hicieron: y

aunque los entristecía la debilidad de los veinte que se habían dejado seducir, los consolaba en gran manera la constancia y firmeza incontrastable de los diez y nueve que permanecieron fieles á su vocación.

Pero un triste y desagradable acontecimiento vino á turbar la comun alegría: y fue, que los desvelos y la insoportable carga que sobre sí tomó el P. Pignatelli en bien de sus hermanos, la falta de sueño, de descanso, de alimento, y otras mil privaciones añadidas á las molestias del viaje, le postraron las fuerzas, que no tenía muy robustas, y se le reprodujeron con más frecuencia que ántes en Zaragoza los vómitos de sangre.

Esta novedad les causó profunda impresión, pues le tenían por su paño de lágrimas, como en realidad lo era. Esta fue la ocasión que creyeron más propicia los encargados de dar un nuevo asalto á su constancia. Acométenle, pues; representánle con viveza el peligro de muerte, á que se expone, á juicio de los médicos, si emprende el viaje por mar con las apreturas é incomodidades con que tendrá que hacerlo. «¿Con qué prudencia,» le dicen, «se atreve á tal navegacion, estando ya desahuciado y sin esperanza de vida, si tal hace? ¿No es eso querer sepultar su cuerpo en las aguas del mar, privando á su patria de una vida tan preciosa, y sumergiendo á toda la familia en el luto más lastimoso?»

Con estas razones pensaban hacer mella en aquel corazón, cuyo temple no conocían: porque á entender que amaba su vocación más que la vida, y que tanto más amable y cara se le hacía su Religión, cuanto la veía más injustamente infamada, más cruelmente perseguida, y con mayor ignominia desterrada de la patria; no es probable que se hubiesen expuesto á recibir un desengaño como el que recibieron. Porque con un espíritu que parecía haber cobrado mayores fuerzas á medida que se le habían enflaquecido las del cuerpo, les respondió que no se cansasen en persuadirle lo que pretendían; pues confiaba en Dios que no lo habían de lograr; que tomada tenía su resolución, y no la cambiaría por promesa alguna del mundo; que lo mismo le